

La Policía Contra Todos Todos Contra la Policía

POR LORENZO MEYER

P. J. J. J.

¿QUE hubiera dicho y hecho Hobbes, el filósofo político inglés del siglo XVII, si hubiera vivido aquí y ahora? Hobbes sostuvo entonces la tesis de que el súbdito debía absoluta obediencia al príncipe, independientemente de que este fuera o no justo. La razón de esa obediencia casi incondicional consistía en que sólo con una autoridad absoluta era posible para el príncipe asegurar a sus súbditos el no retorno del estado de Naturaleza, es decir, de una situación en que la inseguridad y la injusticia son soberanas, el fuerte despoja al débil de sus propiedades y de su vida y la vida civilizada es imposible. En estas condiciones, si pese a la existencia de un gobierno resulta que cada quien debe defender por sí mismo su vida y sus propiedades, entonces la razón mínima y básica para que exista la obediencia a la autoridad, diría Hobbes, desaparece; el gobierno se la vuelve ilegítimo por inútil.

★

EN México tenemos un régimen político en el que, de hecho, la autoridad es responsable sólo ante sí misma —como es justamente el príncipe de Hobbes—, pero a pesar de poseer un poder sin contrapesos, esa autoridad es vista ahora por la opinión pública como incapaz de garantizar la seguridad mínima en virtud de la cual el tratadista inglés justificaba que unos hombres mandaran sobre otros. Esa visión tan negativa es reconocida incluso por el propio candidato oficial a la Presidencia de la República.

Lo anterior viene al caso porque ciertos acontecimientos recientes parecen señalar que en México ha ocurrido algo tan simple como aterrador: que el Gobierno Mexicano parece haber perdido el control sobre una es-

tructura policiaca que nunca fue eficiente y mucho menos honesta, pero a la cual se le suponía capaz de cumplir mínimamente con sus obligaciones cuando así se lo solicitaban sus superiores, los políticos.

Sin embargo, todo indica que ese no es el caso, que los intereses creados y las inercias policiacas pudieron derrotar de manera absoluta y contundente los planes de la llamada "renovación moral", una política central del proyecto del Presidente Miguel de la Madrid. Otra manera de decir lo mismo es ésta: en el país presidencial por excelencia —México—, la inmoralidad policiaca se sobre-

puso a la voluntad expresa de la Presidencia. Un desastre.

Por la prensa nos enteramos que, el lunes 23 de mayo, el procurador del Distrito Federal ordenó el cese del director de la Policía Judicial capitalina —capitán Jesús Miyazawa— y nueve comandantes.

★

¿A causa?, que sus órdenes no habían sido obedecidas respecto a la aprehensión de un comandante policiaco del Estado de México, acusado del asesinato a sangre fría del hijo del comandante Sergio Martínez Robles y de un agente de la PJDF, Alfredo Oviedo. El presunto asesino, Estanislao Agullar Alcalá, fue efectivamente aprehendido con una velocidad que la policía no muestra nunca en otros casos; pero en vez de presentarlo a la autoridad competente, fue torturado y luego lo asesinaron. La cosa no paró ahí; en un desplante inaudito de desprecio por la opinión pública y la imagen de sus superiores políticos, los policías asesinos no ocultaron el cadáver de la víctima, sino que lo dejaron en el propio edificio de la P.J. D.F. para que todo el mundo se enterara quiénes y cómo se habían hecho justicia por propia mano. Con esto, la afirmación de que en México vivimos en un estado de derecho recibió un golpe directo en pleno rostro. El asesinato de Estanislao Agullar no es una excepción, sino la culminación lógica de una regla.

★

EL problema que presenta la corrupción y la ineficiencia de nuestro aparato policiaco —se calcula que en México

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

Desde hace mucho tiempo la policía es un elemento negativo en la vida del ciudadano mexicano común y corriente y, entre más pobre y desprotegido sea ese ciudadano, mayor su indefensión ante las arbitrariedades de los llamados guardianes del orden. Uno

La Policía Contra Todos

Sigue de la página nueve

efectos benéficos de la Revolución Mexicana. Bueno, es obvio que hay un punto donde el avance no se ve: la policía. Es posible que la rural de la Federación no fuera en 1910 una abanderada de la justicia, pero la de hoy definitivamente tampoco. Es posible que

los rurales de don Porfirio fueran menos eficientes de lo que ellos decían —nunca agarraron a Pancho Villa en su época de simple bandido por ejemplo— pero lo eran más que los policías capitalinos de hoy día, cuando de las 16 mil averiguaciones previas que en promedio se inician ca-

da mes —y las cuales únicamente representan una parte de los delitos cometidos— sólo 3 mil —18 por ciento— culminan en consignaciones.

Cuando los revolucionarios de 1910 se consolidaron en el poder, las jefaturas de policía —especialmente en las grandes ciudades— fueron vistas como unos puestos más del botín que deberían repartirse los generales victoriosos, y así se les utilizó. Y si las cabezas de las corporaciones eran ese tipo de personajes, el resto de sus elementos simplemente siguieron el ejemplo de "la superioridad"; por ello, tales jefaturas se convirtieron pronto en otras tantas cuevas de Ali Baba, y desde entonces sus sucesores no han cambiado.

Mientras la policía sirvió a los fines de la nueva élite y sus herederos —recabar información política y actuar contra los disidentes— y no le crearon ningún problema de orden sistémico, los gobernantes simplemente se desentendieron de la necesidad de hacer de esos cuerpos una fuente de legitimidad para el régimen. Hoy todos estamos pagando las consecuencias de esa actitud irresponsable.

En la actualidad, la policía es un problema para el gobierno y para el régimen. Los ejemplos abundan. Además del caso reciente de indisciplina criminal de la PJDF, está la ineficiencia. Salta a la vista la imposibilidad de las dependencias policíacas para esclarecer el asesinato, hace cuatro años, del periodista Manuel Buendía, ineficiencia que contrasta con la celeridad de la P.J. D.F. para encontrar y ejecutar al supuesto asesino del hijo de uno de sus comandantes. En el asunto de Buendía, el propio Primer Mandatario se comprometió públicamente a esclarecer el caso. Su policía lo ha defraudado y lo ha hecho quedar en ridículo. Hasta el momento no sólo no se sabe quién pudo ser, sino ni siquiera dónde quedaron las balas con que se le dio muerte ni adónde fueron a parar algunos de los expedientes que tenía el periodista en su oficina, los cuales pueden arrojar luz sobre los motivos del asesinato y que inmediatamente después del crimen recogieron los elementos de la Federal de Seguridad, es decir, del máximo aparato de inteligencia del Estado.

*

EL asalto, la golpiza y la tortura que a manos de los tripulantes de una patrulla del DF recibió el 18 de mayo el señor Alfonso Maza —suegro de un priista distingui-

do, miembro del grupo de seis aspirantes a obtener la designación de candidato del partido del Estado a la Presidencia de la República para el próximo sexenio— muestra bien a las claras que ya ni la propia clase dominante está libre de la furia criminal de la policía. Esta puede verse, pues, como un Frankenstein que anda fuera de control y se ha vuelto en contra de quien le dio vida.

Hasta cierto punto, la

corrupción de todas las corporaciones policíacas mexicanas, la falta de respeto que sus miembros muestran por sistema para la dignidad del individuo, la saña patológica con que frecuentemente tratan a sus víctimas, así como su ineptitud, reflejan —de manera distorsionada y monstruosa— fallas e incapacidades fundamentales del régimen autoritario actual. Si lo anterior es cierto, para cambiar a los cuerpos policíacos mexicanos es ne-

cesario introducir modificaciones decisivas en el régimen; mismo del que son producto y sustento.

Hoy, en la medida en que la policía es ya un problema para gobernantes y gobernados, se puede decir que todos nos sentimos agredidos por la situación imperante en los aparatos policíacos y que la policía está en pugna con otros, contra la sociedad civil y contra la sociedad política. Esto no puede ni debe seguir así.

LA POLICIA CONTRA TODOS.- TODOS CONTRA

Sigue de la página siete

90% de los delitos quedan impures— ya dio un salto cualitativo. Ante una población que se amontona brutalmente en las grandes urbes, que desborda resentimiento debido a seis años de pérdida económica y de confianza en el futuro, la criminalidad —particularmente los asaltos— y la ineficiencia de la policía se han vuelto una de las razones centrales del resentimiento político. Hoy por hoy, la policía ya es un elemento disfuncional para el gobierno y el régimen, pues le crea más problemas de los que le resuelve.

Según una serie de comerciales que he escuchado en estos días por la radio, entre el México de 1910 y el de 1988 hay una gran diferencia que no se debe simplemente al paso del tiempo, como alguien podría suponer, sino a los

SIGUE EN LA PAGINA ONCE